

habia tomado el nombre de tal mas que para poner sus funciones y toda su autoridad en manos de Godwino, á cuya hija Editha eligió por esposa.

Este suegro tiránico no perdonó á la madre del rey, la reina Emma, temiendo verosimilmente los derechos que tenia para hacerse dueña de un corazon tan bien formado como el de Eduardo. Despues de haberla perseguido mucho tiempo con varios pretextos, quiso arruinarla para siempre, y la acusó de que tenia un comercio vergonzoso con el obispo de Winchester. Emma, que habia sufrido con paciencia la pérdida de todos sus bienes, no pudo tolerar que se pretendiese quitarla tambien su honor. Se ofreció á padecer la prueba del hierro hecho ascua, y anduvo en efecto con los pies descalzos encima de nueve barras ardiendo, sin recibir ninguna lesion (1). Por mas imperio que tuviese el conde en el ánimo del rey, no pudo resistir este buen príncipe á la voz de la naturaleza y á la del cielo que clamaban á un mismo tiempo. Pidió perdon á su madre, la restituyó, como tambien al obispo de Winchester, todo lo que se le habia quitado, y empezó á vigilar con atencion la conducta de su ministro.

Estaba el orgulloso conde tan acostumbrado al imperio, que no era fácil reducirle á la obediencia; y asi, á la primera ocasion que tuvo, levantó el estandarte de la rebellion y se armó contra su soberano; pero el poder del virtuoso Eduardo estaba sólidamente establecido en el corazon de sus súbditos. No habiendo podido Godwino seducir mas que á un corto número de ellos, se vió precisado á huir del reino, y aunque despues logró que se le perdonase su delito, verosimilmente por la mediacion de la reina su hija, le trató siempre el rey con la autoridad de soberano, ya que habia sabido re-

(1) Bolland. 3 Jan. tom. 4, pag. 230.

costrarla. Para contenerle mejor y darle á entender que no se le perdia de vista, quiso significarle las justas sospechas que habia contra él con relacion al asesinato del príncipe Alfredo, á pesar de que habia fingido ignorar quién hubiese sido su autor. Un dia que comian con el rey muchos grandes, entre los cuales se hallaba Godwino, el page que servia la bebida al rey tropezó, pero no vertió ni dejó caer nada; y para dar á entender que un pie habia sostenido al otro, se valió el jóven de la sentencia de los libros sagrados, en que se dice que al hermano sostenido por el hermano no se le puede derribar. «Cierto es, dijo el rey, que si yo tuviese á mi hermano, seriamos reciprocamente un grande apoyo el uno para el otro.» Al proferir estas palabras, miró con severidad al conde, el cual se lisonjeó de que con un juramento lograria disuadir á aquel príncipe religioso.

«Sea este bocado (dijo Godwino llevando un pedazo de pan á la boca) el último que coma en mi vida, si he tenido culpa alguna en la muerte del príncipe Alfredo.» Se le atravesó el pan en la garganta y le ahogó, dando motivo á los convidados para discurrir sobre si aquel accidente seria un castigo de Dios ó un efecto natural de la turbacion con que estaba agitado el culpable (1053).

Agradecido el rey á los favores que le dispensaba la Providencia, prometió ir en peregrinacion á Roma (1); pero temiendo con razon los grandes de Inglaterra que su ausencia diese motivo para que volviesen á suscitarse las conmociones que apenas acababan de apaciguarse, le disuadieron de semejante idea, proponiéndole que egerciese allí mismo su piedad con limosnas y con otras buenas obras que cediesen en edificacion del reino sin causarle ninguna inquietud. Temiendo el rey que, si les complacia, fal-

(1) Char. 1. Ed. tom. 9. Concilior.

taria á su obligacion de conciencia, fué necesario recurrir al Papa para tranquilizar á Eduardo con la conmutacion de su voto; y le contestó el Pontifice en estos términos: «supuesto que se hallaria en peligro la Inglaterra con vuestra ausencia, os dispensamos de la obligacion que os habeis impuesto, y en su lugar os mandamos que deis á los pobres lo que habeis de gastar en el viage, y que edifiqueis ó restablezcáis un monasterio en honor de San Pedro. No dudeis que Dios está cerca de todos los que le invocan con sinceridad en cualquiera punto donde se hallen.» A consecuencia de esta respuesta restableció el rey Eduardo el monasterio de Westminster, fundado cerca de Lóndres desde el principio de la conversion de los ingleses, y ya entonces casi del todo destruido. Eduardo envió despues regalos magníficos á Roma juntamente con el producto del dinero de San Pedro, que estaba destinado á lo menos en parte para una iglesia llamada la Escuela de los ingleses.

Dedicándose enteramente á procurar la felicidad de Inglaterra, hizo ver que sin estar dotado de un espíritu belicoso y político, le son suficientes á un rey la prudencia y la fuerza evangélica asi para hacer respetables sus armas á sus enemigos como para derramar sobre sus pueblos las dulzuras de la paz; pues reprimió á los dinamarqueses, repelió á los escoceses, y sometió á los rebeldes que se sublevaron en el seno de la Gran Bretaña. Mas ninguna de estas guerras alteró largo tiempo la paz, que se conformaba mas que el tumulto de las armas con las inclinaciones de un príncipe que solo ansiaba la felicidad de su reino, y sobre todo la del humilde pueblo. Asi lo manifestó con el código que formó (1044) de las mejores leyes dadas por sus predecesores, y principalmente de las que eran mas favorables al órden comun de los ciudadanos, por cuya causa se les dió el nombre de leyes comu-

nes (1). En ellas se tuvo cuidado de señalar la cuota que debia satisfacerse por razon del dinero de San Pedro; y los ingleses las miraron siempre con tanto aprecio, que en todas las revoluciones posteriores nada les incomodó tanto como las mudanzas que en ellas se quiso hacer.

Las virtudes de San Gotescalco, príncipe de los esclavones, brillaban al mismo tiempo entre aquellas naciones feroces, á las cuales ofreció en su persona una de las victorias mas señaladas de la gracia (2). El príncipe Uton su padre, que habia abrazado ya la Religion cristiana, le puso en el monasterio de Limburgo para que se entregase allí al estudio de las ciencias; mas Gotescalco sacó tan poco fruto de las lecciones allí recibidas, que habiendo sido muerto su padre por un desertor de Sajonia, salió furioso del monasterio y renunció el cristianismo. Pasó á los Estados de los vinulos, al otro lado del Elba, inspiró su furor á aquellos idólatras, y confundiendo el nombre cristiano con el de los sajones, hizo perecer á millares de fieles para vengar á su padre. Bernardo, duque de Sajonia, le prendió tratándole como un capitán de bandidos; pero tanto le agradó su intrepidez, que el duque se hizo amigo suyo y le puso en libertad. Este buen tratamiento produjo un efecto muy inesperado en el ánimo de Gotescalco, que tornó á entrar poco despues en el gremio de la Iglesia. Pero despojado de los bienes paternos por los esclavones, se vió en la precision de refugiarse á la córte del rey Canuto, que le dió su hija en matrimonio, y le llevó á su espedicion de Inglaterra.

Pero si estas hazañas dieron pábulo por algun tiempo á su valor, habia causado tan honda impresion en aquella alma en estre-

(1) Tom. 9 Concilior. pag. 1010.

(2) Adam. Brem. lib. 2.

mo heroica la pérdida de sus propios Estados, que no había cosa alguna capaz de boirarla. Gotescalco pasó segunda vez los mares y peleó contra los esclavones verosimilmente con el auxilio de los dinamarqueses y quizá con el de los sajones. Como quiera que fuese, no solamente recobró los bienes y todo el poder de su padre, sino que consiguió la autoridad de rey, no faltándole sino el nombre de tal: fué á un mismo tiempo el terror de sus enemigos y de los del nombre cristiano; ilustró sus conquistas dando á conocer el verdadero Dios á los pueblos que venia y trajo de nuevo su nacion al cristianismo, que casi lo habia olvidado ya (1).

Yendo siempre en aumento sus proezas y virtudes, formó el gran designio de sujetar todos los paganos del norte al yugo de Jesucristo, y principió convirtiendo una multitud de apóstatas. Antes del fin de su reinado contábase ya siete pueblos enteramente cristianos en la nacion de los esclavones. Había gran número de iglesias en todas sus provincias, y muchos sacerdotes en estas iglesias, en las que ejercian sus funciones con plena seguridad y con una pompa muy solemne. Era tan ardiente el celo del príncipe Gotescalco, que muchas veces hablaba en la iglesia en esclavon para esplicar con mas claridad en esta lengua lo que decian los sacerdotes y los obispos. Establecianse en todas las ciudades comunidades de canónigos, de monges y de religiosas, llegando á haber tres casas de esta clase en Mecklemburgo, capital de los obostritas. Adalberto, arzobispo de Bremen, á quien así como á sus sucesores hizo el Papa vicario suyo hasta las estremidades del norte, nombró un obispo en aquella ciudad, así como tambien en las de Altemburgo y Ratzburgo. La ciudad de Bremen, á pesar de su media-

(1) Helm. lib. 1, cap. 29.

nia, vino á ser como la Roma del Norte. Los diputados de los pueblos del continente y de las islas, de las estremidades del polo, de las Orcadas, de la Islandia y de Groenlandia, iban á ella diariamente á pedir ministros del Evangelio que salian de su seno para todas partes (1).

El arzobispo Adalberto instituyó tambien nueve obispos en Dinamarca, á saber: en Sleswick, Ripen, Athus, Wiburgo, Wenzuzel, Fari, Finnen, Zelund y Schonen; y despues dividió en cuatro diócesis la de Sleswick (2). Ordenó en Suecia seis obispos, y dos en Noruega; pero parece que estas ocho Sillas, cuyos nombres no declaran los historiadores, no eran todavía fijas en tiempo de Adalberto. En todo ordenó veinte obispos. Por último, queriendo mostrar la Religion en todo su esplendor en medio de tanto número de cristianos recién convertidos y de paganos próximos á abrazar la Religion de Jesucristo, y con la autoridad del Papa, cuyo legado era, convocó en Sleswick el primer Concilio celebrado en Dinamarca (1061) (3).

Reinaba entonces Suen ó Suenon II, sobrino de Canuto el grande, y respetaba mucho al cristianismo: mostraba mucho afecto á los eclesiásticos sabios y virtuosos, mucho celo para consolidar la Religion en su reino, y gran liberalidad en adornar y edificar iglesias; pero afeábalo todo con el vicio de la incontinencia. Reprendiéndole el arzobispo Adalberto hasta el extremo de amenazarle con la excomunion, le contestó Suenon amenazándole á su vez con que le haria la guerra; pero con tanta ira y con tales apariencias de una pronta ejecucion, que el arzobispo se retiró precipitadamente desde Hamburgo á Bremen. Calmada luego

(1) Helm. lib. 1, cap. 26.

(2) Adam. Brem. lib. 4.

(3) Alex. part. 2, ep. 7.

por una y otra parte la primera impresion. Adalberto, que al mismo tiempo que gustaba del fausto y de la dominacion tenia unas costumbres puras, una piedad tierna y un celo muy grande, quiso reconciliarse con el soberano, sabiendo que para los progresos de la fé es siempre muy útil esta buena armonía. Fué, pues, á buscarle á Sleswick, dió los banquetes que entre aquellas naciones formaban uno de los mayores lazos de la sociedad, y derramó los regalos con la liberalidad que le era natural y con una magnificencia digna de corresponder á la del rey. Diéronse por espacio de ocho dias consecutivos, segun la costumbre del pais, uno á otro suntuosos festines, en que trataron de los asuntos eclesiásticos y tomaron eficaces providencias para que prosperasen las misiones. Mas calló el arzobispo en cuanto á las costumbres del príncipe, el cual mientras así procuraba la salvacion de los infieles, continuaba deshonrando su fé con vergonzosas flaquezas.

El honor de su conversion estaba reservado á un prelado menos distinguido segun el mundo, pero mas distante de la pompa y de las funciones seculares. El inglés Guillermo, obispo de Roschild, tomó sobre el orgulloso Suenon el ascendiente que, sin buscarle, adquiere casi siempre la sencillez unida con la capacidad y la virtud. Habíase el rey separado de un largo concubinato para contraer un matrimonio incestuoso con la princesa Gutta su parienta, é hija del rey de Suecia; mas no solo logró Guillermo que la alejase de su lado, sino que dispuso tan perfectamente á aquella esposa culpable, que habiendo vuelto á casa de su padre, tomó el hábito de las viudas consagradas al servicio de los altares, y pasó el resto de sus dias guardando continencia, y ocupada en trabajar para el adorno de las iglesias (1).

(1) Portan. lib. 5; Saxo. Gram. lib. 11.

Subyugó el obispo de Roschild la altanería de Suenon, igualmente que sus inclinaciones vergonzosas. Este príncipe, implacable todavía en su ira, aunque arreglado en las costumbres, supo que algunos caballeros le habian zaherido en secreto. A la mañana siguiente, dia de la Circuncision, mandó que se les diese muerte en la iglesia. Ocultó el obispo en su pecho el vivo dolor que le habia causado aquel asesinato sacrilego, y se dispuso pacíficamente á celebrar los divinos Oficios. El rey se presentó sin ningun temor para asistir á la funcion; pero no salió á recibirle el obispo como acostumbraba, y sin embargo no se detuvo el príncipe en pasar adelante. Púsose entonces el obispo en la puerta del santuario, presentó el háculo pastoral para cerrar la entrada, trató al rey de homicida y profanador, y despues le declaró excomulgado (1072). Al momento cercaron los guardias al prelado, y con espada en mano no aguardaban mas de una señal de la ira del rey para quitarle la vida. Mas el espíritu de Dios que habia inspirado al santo ministro, conmovió el corazon del culpable, el cual reconociendo su delito, regresó á palacio y trocó las insignias Reales en un hábito penitente.

Entretanto el obispo dió principio á la misa con tanto recogimiento como si nada hubiese acontecido; y aún no habia entonado el *Gloria in excelsis*, cuando le dijeron que estaba el rey á la puerta en traje de suplicante. Hizo señal para que cesasen los cánticos, y trasladándose desde el altar á donde estaba el príncipe, le dirigió algunas preguntas, á las que respondió Suenon con lágrimas y con todas las demostraciones de compuncion, y postrándose en su presencia, confesó su delito con amargura, pidiendo misericordia y ofreciendo reparar el escándalo que habia causado. El sábio prelado pronunció al momento la sentencia de absolucion á favor del excomulgado, le abrazó

para levantarlo del suelo, enjugó sus lágrimas inundándole con las suyas propias, y le dijo que tornase á ponerse las insignias Reales. Despues de haberle impuesto la penitencia, llamó al clero para recibirle en medio de los cánticos sagrados y de las aclamaciones de todos los concurrentes, y le condujo hasta el altar, donde concluyó los santos misterios. Volvió el rey á la iglesia despues de tres dias con las vestiduras Reales, subió al púlpito durante la misa, y habiendo impuesto silencio por medio de un heraldo, confesó segunda vez con las mas vivas señales de arrepentimiento la enormidad de su culpa y del escándalo que habia dado. Dió gracias al obispo por su indulgencia, y declaró que para reparar los dos delitos cometidos por su orden, daba á la Iglesia la mitad de la provincia de Steffen.

Desde este acontecimiento vivieron el rey y el obispo en la mas perfecta armonía hasta la muerte, y ni aun esta parece que pudo desunirlos. Habiendo muerto Suenon en 1074, despues de un reinado de veinte y seis años, preparó el obispo Guillermo dos ataúdes, é hizo que los llevasen en pos de sí, yendo él delante del príncipe difunto (1). Mientras celebraban las exequias, espiró Guillermo, y fueron enterrados en un mismo sitio en la catedral de Roschild. Despues de la muerte de Suenon hubo algun tiempo de interregno y de division entre su hijo Haraldo y el príncipe Canuto, mucho mas digno del trono que Haraldo; pero este venció y obligó á Canuto á refugiarse á Suecia.

Volviendo al príncipe de los esclavones, todavía fué mas dichosa su muerte, segun los principios de la fé, que la del rey de Dinamarca. Despues de haber convertido Gotescalco gran número de los esclavones que habitaban la parte septentrional de la Sajonia al otro lado del Elba, asesinaronle

(1) Saxo. Gram. lib. 11, pag. 192.

otros infieles, á quienes queria sujetar al yugo del Evangelio, logrando la corona del martirio en la ciudad de Lentz á 7 de junio del año 1065 (1) (a). Martirizaron juntas

(1) Adam. Brem. lib. 4, cap. 11.

(a) En este mismo año murió tambien y del modo mas edificante el esclarecido rey de Castilla y de Leon don Fernando I; mas antes de dar algunos pormenores acerca de esta edificante muerte, justo es hagamos una ligera reseña de sus memorables hechos. Digimos ya las buenas disposiciones con que habia inaugurado su reinado, en el que gozaban de gran paz él y su esposa doña Sancha juntamente con su familia, pues antes de ser reyes eran ya padres de una infanta llamada doña Urraca, y luego tuvieron otros cuatro hijos, don Sancho, que sucedió á su padre en Castilla, doña Elvira, don Alonso, que tambien reinó y ganó á Toledo, y don Garcia. Escusado es decir que unos padres tan cristianos dieron á sus hijos una esmerada educacion en virtud y letras. Pero en medio de la paz que gozaba esta familia y de la creciente prosperidad del reino que tenia á su frente tan dignos príncipes, levantóse una gran borrasca que costó cara al mismo que la movió. Don Garcia, rey de Navarra, envidioso de la felicidad de su hermano don Fernando, é imaginándose que se le debía á él por primogénito, comenzó á dar indicios de que si las fuerzas le bastaran moveria guerra contra Castilla con cualquier pretexto. De muy diferente modo se portaba con él su hermano don Fernando; pues aunque este sabia muy bien lo que aquel maquinaba, no perdía ocasion de complacerle. Supo que don Garcia se hallaba enfermo en Nájera, y al punto don Fernando pasó personalmente á visitarlo. Recibióle aquel con apariencias de cariño, pero secretamente dió orden para que le pusiesen preso; por fortuna llegó á saberlo don Fernando, y se retiró disimuladamente á su reino, avergonzado de tamaña vileza. Sin duda lo conoció así el mismo D. Garcia, pues habiendo caido luego enfermo D. Fernando fué á visitarle en Burgos; y entonces este para darle á entender que habia penetrado bien sus antiguos designios mandó ponerle preso en un castillo, aunque con poca guardia para que pudiera escaparse, como se escapó efectivamente á su reino. Ya con todo esto, D. Garcia (que miraba como una cosa tan segura el apoderarse de Castilla que ya de años antes en algunas escrituras que de él se conservan se suponía reinara en ella) rompió abiertamente la guerra contra su hermano D. Fernando. Al efecto puso en armas todo su reino y se confederó con los réguulos moros de Tudela y de Zaragoza, y entróse ciegamente por tierra de Castilla. D. Fernando, que no estaba desprevenido y conocia la ligereza de cascos de su hermano y que iba á perderse sin remedio, le envió personas recomendables, brindándole con varias propuestas á fin de que no se derramase sangre; pero solo consiguieron verse menospreciadas y mandadas salir de su campo, añadiéndoles que «prestó ellos y su reino con todos sus ejércitos vendrian cautivos á Navarra.» Marchó en seguida D. Garcia con suma rapidez y sentó sus reales á cuatro leguas de Burgos en el valle de Atapuerca, á vista del ejército castellano que le aguardaba prevenido. De nuevo intentó D. Fernando desviar á su hermano

mente con él al sacerdote Ippon, inmolándole en el altar; y sufrieron diferentes suplicios por Jesucristo otros muchos, asi eclesiásticos como legos. Cayó en poder de los infieles en Mecklemburgo la viuda del prin-

de su tan arriesgado como injusto empeño, enviándole por medianeros á dos santos varones de quienes ya hemos hablado, S. Inigo, abad de Oña, y Sto. Domingo de Silos; D. Garcia desoyó sus consejos y siguió pertinaz en su propósito. Fué pues inevitable para D. Fernando la batalla. Destacó, pues, este una gran partida de caballería que durante la noche ocupó un cerro ventajoso que dominaba todo el valle y los reales enemigos. Venida la mañana y dada la señal de acometer, travóse la pelea comenzando por las azagayas y saetas, pero muy luego vinieron á las espadas y lanzas. En lo mas encendido de la lid déjase caer la caballería del cerro sobre una ala del ejército navarro y le pone en desórden por aquella parte. La misma caballería unida acometió de improviso lanza en ristre hácia donde se hallaba D. Garcia, el cual no tuvo lugar ni fuerza para resistir el impetuoso torbellino de caballos que cayó sobre él. Pasáronle á lanzadas, y ya moribundo y vertiendo copiosa sangre, cayó del caballo; tuvo por fortuna tiempo para confesarse con el santo abad de Oña que acudió al punto. Castellanos y leoneses gritaron victoria; y esparcida por el campo navarro la noticia de la muerte de su rey, declaráronse en precipitada fuga, siguiéndoles al alcance las tropas de don Fernando, pero con órden espesa de que solo matasen ó prendiesen á los moros que habian ido en auxilio de los navarros, y que á estos solo los abuyentasen dándoles tiempo para ponerse á salvo. Recogió don Fernando el cuerpo de su hermano don Garcia con la pena que es de inferir, y le dió sepultura en Santa Maria de Nájera. Segun el Silense, autor de aquel tiempo, esta batalla sucedió en el año de 1054.

Tranquilo ya don Fernando en su reino, no se tomó otros cuidados que la guerra contra los moros y la restauracion de las iglesias por ellos arruinadas. Pasado pues aquel invierno, juntó un ejército fuerte y disciplinado; sitió el castillo de Cea y le tomó por asalto, con otras plazas y fortalezas de la frontera, pasando á cuchillo las guarniciones que no se le rendían. Púsose sobre Viseo, deseoso de vengar la muerte de su suegro don Alonso; y á pesar de la obstinada resistencia de la plaza, la tomó á viva fuerza y la dió al saco de sus tropas. Dícese que entre los cautivos que se le rindieron halló al moro flechero que mató á don Alonso, y mandó le fuesen cortadas las manos: sentencia desaplaudida, dice un historiador, y muy agena de un monarca soldado.—Apo-deróse luego de Lamego á viva fuerza, pasando á cuchillo la mitad de la guarnición y llevándose cautiva la restante morisma para que trabajase en la restauracion de las iglesias y monasterios por ella destruidos. Despues de la toma de Lamego se apoderó del castillo de San Justo junto al rio Malva, del de Tarauca y de otros comarcanos demoliéndolos hasta el suelo para que los moros no se hiciesen fuertes en la frontera. Marchó luego á Coimbra, y considerada su mucha fortificacion de muros, torres y guarnición, antes de combatirla visitó el sepulcro de Santiago y pidió por su intercesion el auxilio

cipe Gotescalco con otras personas de su sexo, y padeció tanto por la desnudez á que la redujeron, como por los furiosos

del Todopoderoso. No fueron vanas sus oraciones. Vuelto sobre Coimbra, la dió los mas vigorosos ataques. Las máquinas hicieron un miserable destrozo de sus muros y torreones que casi enteros se venían abajo, socabados sus fundamentos. Viéronse los moros en la necesidad de pedir partido, suplicando por las vidas y algun viático para retirarse á donde pudiesen. Quedó la ciudad por don Fernando con sus grandes riquezas... Ocupada Coimbra, no quedó poblacion de moros del Mondego arriba. Grato pues el pio rey á los favores divinos, volvió á Santiago para dar á Dios las gracias y sus ofrendas al Apóstol; y de allí partió para Leon comado de fama, despojos y laureles. Asi se espresa Ortiz, y de ese modo se ve precisado á confesar la intervencion que el Santo Apóstol tuvo en los triunfos de los españoles contra moros.—En todas esas victorias de don Fernando cupo tambien mucha parte á doña Sancha su esposa, por haber sido la principal abastecedora del ejército cristiano en los dos años que duró esta jornada desde 1056 á 1058.

El rey tuvo Cortes generales de Castilla y de Leon en esta ciudad, y en ellas se acordó otra jornada contra moros el año siguiente de 1059, singularmente contra los de la provincia de Cartagena y reino de Zaragoza que no cesaban de infestar las fronteras y habian ocupado por armas algunas plazas y castillos en la ribera izquierda del Duero, cautivando sus habitantes. Habiendo, pues, juntado el rey el conveniente ejército en la primavera del año 1060 marchó contra Gormaz, plaza fronteriza y muy importante; la tomó como de paso, aviltados los moros que la defendían, y á su ejemplo se rindieron Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, el castillo de San Justo que habian recobrado los moros, Santa Mavra y Guernos. En esta expedicion no dejó don Fernando atalaya de moros que no demoliese; pues estos, para avisarse y preceverse, tenian una multitud de ellas en las cimas de los montes. Aseguradas por esta parte y por la de Celtiberia las fronteras de Castilla, movió el rey su ejército á tierra de Cartagena; pasó rápidamente los montes, acometió los pueblos y gentes enemigas al contorno de Talamanca; desmanteló cuanto le vino delante, dando la presa á los soldados; marchó contra Uceda, Guadalajara y Alcalá, pueblos poderosos y defendidos. Cercó fuertemente á esta última ciudad despues de arrasada la campiña en algunas leguas alrededor para que no la viniesen vitualias; y creyéndose perdida Alcalá, si Almenon, rey moro de Toledo á quien obedecia, no iba en su socorro, envióle un mensaje manifestándole el peligro en que se veia, y que perdida Alcalá tuviese por perdido todo su reino. Almenon, que segun ya dijimos era el padre de Santa Casilda, no se hallaba con fuerzas para resistir, envió á don Fernando un mensaje con un riquísimo regalo en que la plata y el oro eran lo de menos valor, y le suplicó afuese servido de recibir aquella corta dádiva de su afecto, y no molestar aquellos sus vasallos; que si así lo hiciese, su reino de Toledo sería tributario de Castilla. Poco fiaba D. Fernando en la pánbra del moro; pero acercándose ya el invierno creyó prudente recibir el regalo, levantar el campo y regresar á Leon.